

la nueva humanidad y la revolución

Casi todas las críticas que he recibido del MANIFIESTO DE LA NUEVA HUMANIDAD (1) se concentran en unas cuantas líneas del epílogo que dicen: "Y sabemos que muchos van a decirnos: 'Bien, ¿y qué va a hacer Vd. con el hambre, la muerte, la guerra, la injusticia social?' Sabemos esto, pero no nos preocupa como responder a esta pregunta. Porque la respuesta no es cuestión de hacer sino cuestión de ser" (p. 265). En un momento en que la mejor parte de la juventud japonesa —todos estos muchachos y muchachas que no se contentan con ser felices "a solas"— se inclinan hacia el marxismo en busca de una respuesta a la felicidad colectiva del hombre, esas líneas del MANIFIESTO les parecen demasiado pasivas. De aquí la necesidad de una aclaración que vaya hasta la raíz misma de lo que yo concibo como la esencia de la aportación cristiana a la transformación del mundo. El problema es fundamental porque no se limita al tema de la revolución social sino que abarca también el problema de la revolución dentro de la Iglesia, es decir, la posibilidad del diálogo entre derechas e izquierdas. Ni que decir tiene que todo lo que se sigue se basa en *mi propia experiencia* y que, por tanto, se ofrece solo como una base para un diálogo posterior que pueda enriquecer mi limitada experiencia.

I. HETEROCRITICISMO Y AUTOCRITICISMO

El peligro de todo progresismo o mesianismo humanista es el de creer que la verdad está de su parte. Su solución al problema del mal es la revolución, ya sea filosófica —sustitución de las ideas de los demás por las suyas— o social —sustitución de las estructuras existentes por otras. A la vista de la situación actual del mundo —y especialmente de Sudamérica y Africa— yo no me creo actualmente capaz de condenar de un plumazo la revolución, incluso la revolución violenta, allí donde el sistema se ha convertido en un tirano. Y sin embargo no puedo menos de admitir que el revolucionario corre el peligro de olvidarse de que también él está "tocado" de la misma enfermedad que trata de sanar.

A base de fijarse en lo negativo que le rodea el revolucionario puede llegar a olvidarse de lo negativo que hay en él. O, en otras palabras, el revolucionario puede tender a olvidar su propia destructividad.

La destructividad original del hombre es lo que la tradición cristiana ha llamado "pecado original". Y esta destructividad se encuentra presente —y no solo latente— incluso en los niños. El problema del "dolor de los inocentes" que tanto escándalo causó a hombres como Dostoievsky y Camus se encuentra mal planteado de comienzo. El verdadero misterio —no problema— no está en el dolor de los niños sino en su destructividad. El tema aparece en toda su hiriente patenticidad en un diálogo que tuvo lugar en 1968 entre Carl R. Rogers y Paul Tillich (2). Rogers, el creador del movimiento que se ha dado en llamar *Terapia centrada en el cliente*, opina que los niños son inocentes y que pierden su inocencia solo por culpa de los mayores que insisten en tachar de malas las experiencias sin malicia de los niños. Así, por ejemplo, el crío que se divierte tirando del pelo a su hermanita no vendría a creer en la maldad de sus actos si no fuera porque su madre se empeña en llamarlo "niño malo". A esto responde Tillich diciendo que si bien es cierto que el acto del crío puede ser un acto de auto-realización no se puede dudar, al mismo tiempo, de que hay algo de asocial en tal acto, pues consiste en zaherir a su hermanita. Mi propia experiencia me dice lo mismo. Cuando tenía seis años mi padre me llevó un día a tomar un vermut con uno de sus amigos. Al acabar ellos su vermut yo me comí una de las aceitunas del aperitivo y metiéndome la otra en el puño la llevé hasta casa para dársela a mi hermanita. Yo no sé si ella encontró muy apetitosa esa aceituna que yo había defendido por treinta minutos contra los empujones y sudores de la multitud que llenaba el metro, pero lo que sí sé es que mi madre se hizo toda lenguas de la "inocencia y generosidad de su niño". Y sin embargo ese mismo niño inocente no dudaba en un momento de rabia, en machacar contra la puerta y la pared a una de las amigas de su hermana que se había burlado de él, o en coger 25 pesetas, que había encontrado en la mesa de la cocina, para comprarse unos patines y luego ante las preguntas acuciantes de la familia, echarle la culpa a la "chacha". Charles Schulz, el creador y dibujante de los "Peanuts", que tanto éxito están teniendo en los Estados Unidos, también tiene mucho que decir sobre la insospechada crueldad de que son capaces aun los niños más "inocentes" (3).

La diferencia, pues, entre el niño y el adulto, no consiste en el grado de destructividad de que son capaces, sino en el grado de *conciencia* de su destructividad. La grandeza (y la miseria, que añadiría Pascal) del niño está en su absoluta falta de reflexión. El niño hierde sin darse cuenta. Esto es terrible. Y el riesgo del revolucionario "de buena voluntad" es el olvidarse de que también él puede herir sin darse cuenta. Esta falta de reflexión que se le puede perdonar al niño no se le puede perdonar del mismo modo al revolucionario por muy joven que sea. La conciencia de la propia capacidad de destrucción —y de auto-destrucción— es una premisa necesaria para todo revolucionario consciente. De aquí que el heterocriticismo inherente a toda revolución ha de implicar, necesariamente, el autocriticismo. La mera crítica de lo que nos rodea lleva consigo el peligro de hacernos creer que nosotros no somos parte de eso

que nos rodea. El "lavarse las manos" no es una actitud auténtica ante la vida. El acusar a los demás de mentirosos, hipócritas y destructivos, y olvidarnos de nuestras propias mentiras, hipocresías y destructividad es un fariseísmo tanto más peligroso cuanto que es inconsciente. La revolución verdadera ha de comenzar, necesariamente, por la humilde confesión de que "también nosotros somos como los demás hombres".

¿Cuál es la base, el sistema más evidente, de nuestra propia destructividad, esa destructividad que va más allá de la división entre conservadores y liberales, derechas e izquierdas, comunistas y capitalistas, subdesarrollados y superdesarrollados? Desde mi punto de vista, el punto de vista que expresé en "Nostalgia de Unidad" (4), ese síntoma es el olvido del hombre en que hemos caído *todos*. Thomas Merton lo define en las siguientes líneas: "No olvidemos que la conciencia moderna reacciona, cada vez más, ante las *señales (signs)* y tiende a olvidarse de las *cosas*, por no decir nada de las personas" (5). La "vieja conciencia" cristiana se caracterizaba, según Merton, por su inclinación a la oración, la mística, la obediencia, etc. La "nueva conciencia" es activista, antimística, antimetafísica e inclinada hacia movimientos progresistas e incluso revolucionarios, que se resisten a toda definición. Pero en donde ambas conciencias coinciden actualmente es en su reacción, casi mecánica, a las palabras y los símbolos. Los términos "derechista" o "izquierdista" producen reacciones no muy distintas de las que el sonido del timbre producía en el famoso perro de Pavlov. Las etiquetas verbales han llegado a adquirir más valor existencial que la persona concreta del interlocutor. El hecho de que necesitamos vivir de símbolos para poder sobrevivir en una civilización en la que los estímulos han adquirido proporciones insospechadas puede *explicar* la reacción pero no *justificarla*. Los términos "burgués", "retrogrado", "comunista", "izquierdista", etc., se han convertido en pantallas que nos impiden ver a los demás. Términos que nacieron como símbolos que facilitaban el diálogo se han convertido en piedras que arrojamos a nuestro adversario con el fin de *destruirle*. El resultado es que amigos y enemigos nos encontramos, paradójicamente, *unidos* bajo el común denominador de la mutua destrucción.

II. REVOLUCION Y TRANSFORMACION

La reacción a todo lo anterior puede ser doble. O escepticismo: "¿Son los niños tan destructivos como *Vd.* los pinta? ¿Estamos todos equivocados?"; o pesimismo: "Si *todos* estamos equivocados y envueltos en una guerra de mutua destrucción ¿qué esperanza cabe? Y sin embargo el objeto de este artículo no es el pesimismo sino la esperanza. Una esperanza basada no en cerrar los ojos a nuestra propia destructividad sino en *aceptarla y transformarla*. Pero la aceptación no se puede basar en nuestras propias fuerzas —siempre corremos el peligro de querer superar nuestra propia destructividad a base de ignorarla— sino en la fuerza de Aquel que nos aceptó *a pesar de* nuestra destructividad.

"En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; —en verdad, apenas

habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir—; más la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, *siendo nosotros todavía pecadores*, murió por nosotros. ¡Con cuanta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos salvos de la cólera! Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuanta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida! Y no solamente eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por Nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido la reconciliación”. (Carta a los Romanos, 5, 6-11. Biblia de Jerusalén).

Los *impíos* somos todos nosotros, conservadores o liberales, comunistas o burgueses, niños o adultos, porque todos estamos bajo el poder de la destructividad. Y sin embargo Cristo no nos dijo: “Primero renunciad a vuestra propia destructividad y entonces Yo os aceptaré”. No, Cristo primero nos aceptó para que no tuviéramos miedo de nuestra destructividad. Cristo no destruyó nuestra propia destructividad sino que nos ayudó a *transformarla*. A la idea de revolución —destrucción o aniquilamiento de lo negativo— Cristo opuso la idea de transformación, lo negativo utilizado para crear lo positivo. Tal vez la sugerencia pueda parecer absurda, pero no puedo menos de pensar que los treinta años de Nazaret, treinta años perdidos en una carpintería oculta de un pueblo desconocido, le enseñaron a Cristo el “truco” del carpintero, el truco que consiste en no despreciar nada. Del tronco carcomido que no vale para hacer una mesa se puede crear una silla. Los nudos de un roble añoso pueden hacer imposible el convertir el tronco en un armario, pero ese mismo tronco se puede utilizar, tal cual, para hacer una lámpara que sorprenda a todos por su originalidad. Para transformar no es, a veces, necesario quitar nada, sino, tan solo, cambiar el contexto. Y Cristo sacó el máximo provecho de la lección aprendida en sus treinta años de Nazaret. De un pescador corto y orgulloso hizo la Cabeza de su Iglesia. De una mujer poseída de siete demonios una santa. De un fariseo engraido y legalista el Apóstol de las Gentes. Y todo basado en el simple principio de que *es mejor transformar que destruir*.

Si somos capaces de aceptarnos a nosotros mismos seremos capaces de aceptar a los demás. Si no tenemos miedo de nuestra propia destructividad, no tendremos por qué temer la destructividad de los demás. El saber que Dios nos ha aceptado en Cristo *como somos* —no como nos gustaría ser sino simplemente como en realidad somos, con todos nuestros defectos y nuestras limitaciones— nos puede dar la esperanza que necesitamos. El autocrítico cristiano no lleva a la desesperación sino a la esperanza porque, *a pesar de todo*, Dios cuenta con nosotros para transformar *este mundo*.

III. PRINCIPIOS DE UNA TRANSFORMACION CREADORA

1. *Conciencia de nuestra capacidad destructiva*. Este principio ha quedado ya esbozado en las páginas precedentes. Sin criticismo no hay

avance. Pero toda crítica del mundo ha de empezar por uno mismo, ya que también nosotros somos parte de ese mundo. Puesto en términos positivos, si somos capaces de cambiar nosotros, también el mundo cambiará —tal vez no *todo el mundo*, ni de golpe, pero sí al menos esa parte del mundo que somos nosotros. Al aceptarnos a nosotros mismos, al decidirnos a transformar la destructividad que vive en nosotros estamos *irradiando* la esperanza y la transformación que tantos hombres esperan. La humilde confesión de que “también nosotros somos como los demás y ayudar a otros a saltar por encima de sus prejuicios y venir a nuestro lado. Si tenemos el coraje de acudir a los que “no son como nosotros” para pedirles la ayuda que necesitamos para transformar nuestra destructividad, hemos dado el primer paso necesario para que también ellos encuentren el coraje necesario para acudir a nosotros en busca de la ayuda que necesitan para transformar su propia destructividad.

2. *Fe en la capacidad creadora del adversario.* Escojo la palabra FE porque el principio que propongo aquí no pertenece a la visión empírica del mundo. “De tejas abajo” los *malos* son malos, y se acabó. Lo que Pablo dice en la Carta a los Romanos no es visible para el que no quiere ver. Pero esta fe en la capacidad creadora de los demás no es absolutamente ciega sino que se basa en el primer principio. Si nosotros mismos, a pesar de nuestra capacidad destructiva, somos capaces de confiar en lo bueno que hay en nosotros —o, en términos cristianos, en el Cristo que nos ama a pesar de ser “impíos”— también podemos confiar en la bondad de los demás. La audacia de esta fe consiste en *creer* que nuestros adversarios están destruyendo el mundo, oprimiendo al prójimo, no porque eso les satisface, sino porque tienen miedo de que en el momento que dejen de oprimir se verán ellos mismos oprimidos. La razón psicológica de este miedo es que tendemos a *ser* como nos *ven* los que nos rodean. La prostituta es un prostituta porque así es como la *ve* la sociedad en la que vive. Lucas 7, 36-50 nos muestra esta verdad en acción. El fariseo ve a la mujer que está ungiendo los pies de Jesús como a una pecadora. “Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora”. (v. 39). Jesús la ve, no como la que ha sido, sino como la que puede ser. “Por esto te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque *muestra* mucho amor” (v. 47). Jesús *cree* en la capacidad creadora de esa mujer y por ello la *crea*. Sin pasar por alto lo que ha sido, Jesús se fija en *lo que puede ser*, o, mejor dicho, en lo que en el fondo de su ser realmente es. Nuestra tarea consiste, no en destruir la capacidad destructiva de los demás, sino en fomentar su capacidad creadora. Pero para eso hace falta *creer* en ella.

3. *Ofrecimiento de alternativas creadoras.* La opresión nace del miedo. (De nuevo, este juicio no es empírico sino de FE, lo cual quiere decir que habrá quien piense que la opresión nace del gusto de oprimir a los demás, o del placer de llenarse los bolsillos a base de estrujar a los pobres. Aunque admito la posibilidad de una tal posición no puedo sinceramente admitir que nadie pueda encontrar placer en sacrificar a los demás). Nuestros adversarios se niegan a cambiar porque el cambio que les ofrecemos les aparece como una auto-aniquilación. Las derechas no

pueden admitir las ideas de las izquierdas porque les parece —y probablemente con razón en virtud de la destructividad de las izquierdas— que no existe lugar para ellos en el mundo de las izquierdas. Los capitalistas se niegan a ceder a la presión de los comunistas porque preven —y parecen tener a la historia de su parte— que el estado comunista lleva consigo la supresión del capital y la propiedad privada. El miedo lleva a la fuerza y la fuerza a la violencia que, a su vez, acrecienta el odio de los oprimidos y el miedo de los opresores. Este es el círculo vicioso en que actualmente nos movemos, un círculo vicioso en el que, hay que repetirlo, todos tenemos parte de culpa por no fijarnos en todo lo que de destructivo hay en nuestra actitud. Pero existe una tercera posibilidad: la de un mundo en el que ambos elementos puedan aportar sus valores creativos de un modo mutuo. Un mundo no de coexistencia pacífica —que no es más que tolerancia vigilada— sino de participación mutua creadora. Un mundo en el que, en el caso de la Iglesia, la Jerarquía aprende del Pueblo de Dios y los fieles aprovechan críticamente, por supuesto, pero sin recelo ni desconfianza, lo que les ofrece la Jerarquía. Un mundo no de vencedores y vencidos sino de hermanos.

4. *Renuncia al acorralamiento lógico.* El mundo del futuro, ese mundo cuya creación es nuestra responsabilidad, no es un mundo de blanco o negro, sino un mundo de aportación mutua basado en los tres principios anteriores. El cambio basado en el “no hay más remedio” lleva a una sumisión aparente que no es sino un compás de espera para “salirse con la suya”. En la Carta a los Romanos —que no es sino la esencia del Evangelio puesta en términos paulinos— Pablo nos hace ver que Dios nos transforma a base de respetar las posibilidades creadoras que El ha puesto en nosotros. La verdad no está ni *en* las derechas ni *en* las izquierdas sino *entre* ambas, o mejor aún, *sobre* ambas. El peor error que podemos cometer es el de creer que no necesitamos a los que no piensan como nosotros. Es un error porque pasa por alto nuestra capacidad de destrucción, que necesita del freno crítico de los demás, y las posibilidades creadoras que existen en los demás hombres. Si no hay nadie que esté radicalmente equivocado, tampoco hay nadie que esté radicalmente acertado. El mundo que se avecina —o que tenemos que hacerse avecinar— es un mundo que ha de crearse con el esfuerzo de *todos* los brazos, sin distinciones de color, ideología, sexo, nacionalidad o religión. Por supuesto que la tarea es difícil y las crisis innumerables. Pero si renunciamos a los juicios apodícticos sobre nuestra propia rectitud y la maldad de los demás hay esperanza. Y no olvidemos, sobre todo, que a pesar de todo Dios está en medio de nosotros.

CONCLUSION

Al releer las páginas anteriores veo que en realidad no he dicho nada en concreto a la objeción que presentaba al principio. Me he limitado a exponer lo que la frase: “Porque la respuesta no es cuestión de hacer sino cuestión de ser” quería decir. De hecho la esencia de este artículo cae de lleno bajo la siguiente crítica de Ernst Bloch:

“A veces el santo que con un beso de amor consigue ignorar de un modo creador (...) puede triunfar sobre el mal de un modo tranquilo. Pero la regla sigue siendo que el alma debe aceptar la culpabilidad de destruir el mal existente a fin de evitar la mayor culpabilidad de un apartamiento idílico, esa apariencia de bondad que se basa en un soportar lo que está mal. El dominio, o la fuerza en cuanto tal, son males; pero es necesaria la fuerza para destruirlos. El imperativo categórico necesita llevar pistola mientras que no haya otro modo de aplastar a la fuerza, y mientras algo diabólico mantenga su resistencia violenta al (todavía por descubrir) amuleto de la pureza. Sólo después puede uno desembarazarse, del modo más limpio posible, del dominio, la “fuerza” incluso del bueno, y la mentira del “derecho” de retribución” (6).

Ernst Bloch propone aquí una alternativa real a la postura que yo he presentado en este artículo. Para él la transformación creadora —o, para respetar su poética expresión, “la creadora ignorancia del mal del santo”— es la excepción y la violencia *creadora* la regla. Sin poder decir que está radicalmente equivocado, no tengo más remedio que confesar que yo dudo sobre la posibilidad de destruir la fuerza por la fuerza. Llevado al extremo Bloch probablemente llegaría a admitir que, a veces, es necesario que “muera un hombre por el pueblo”. Desde mi punto de vista “matar es morir”. El hombre que mata a otro hombre ha matado a la Humanidad y, consiguientemente, se ha matado a sí mismo. Y sin embargo soy consciente de que mi postura me deja abierto a la objeción de que “dejar morir a un hombre es dejar morir a la Humanidad”. La opción de Bloch es la de aceptar la culpabilidad de matar a un hombre para impedir la muerte de la Humanidad; la mía la de entablar un diálogo con los asesinos *partiendo de la base de que yo soy uno de ellos*.

Para acabar me gustaría citar unas líneas de Martín Buber que resumen perfectamente la intención de este artículo y pueden ayudar al lector a perdonarme el haber tratado de ganarle a mi partido. Buber está hablando de una discusión, mas bien acalorada, que tuvo una vez con un cristiano con ocasión de un Congreso Internacinal. El cristiano se había levantado para protestar contra el hecho de que se estaban eligiendo demasiados judíos para un determinado comité. Aunque Buber había pensado lo mismo anteriormente, la objeción le molestó y reaccionó como sigue:

“Como judío testarudo que soy, también yo a mi vez protesté contra la protesta. No sé cómo, pero el caso es que me encontré hablando de Jesús y de que nosotros, los judíos, le conocíamos desde dentro, en los impulsos y ecos de su ser de judío, de un modo que seguía siendo inaccesible para aquellas naciones que le obedecían. “De un modo inaccesible incluso para Vd.” le dije directamente al sacerdote (*clergyman*). Se levantó, me levanté, nos miramos a los ojos, y más allá de ellos al corazón. “Todo ha pasado”, dijo y en presencia de todos nos dimos un beso de hermandad.

La discusión del estado entre Judíos y Cristianos se había convertido en el lazo entre el cristiano y el judío. El diálogo encontró su plenitud en esta transformación" (7).

NOTAS

(1) Cf. *Proyección*, n. 67 (1969) 256-265.

(2) He aquí sus propias palabras: "A mí me parece que el niño no está alienado (*estranged*) de sí mismo. Creo que el niño es un todo orgánico que poco a poco se convierte en un individuo, y que la alienación resultante es una que se aprende. Es decir, que, con el fin de preservar el amor de los demás, normalmente de sus padres, el niño introduce en sí como algo que ha experimentado personalmente, valores paternos. Así, por ejemplo, el crío que ha sido regañado por haber tirado a su hermanita de los pelos, se pasea por la casa diciendo: "niño malo. niño malo". Y al mismo tiempo, le vuelve a tirar del pelo. Es decir que, por una parte, introyecta la noción de malo mientras que, por otra, la experiencia le agrada. Es esta alienación entre lo que experimenta y los conceptos que se forma de lo que experimenta, la que me parece constituir la alienación básica (del hombre)".

A esto responde Tillich: "Estoy de acuerdo con Vd. en que en lo que los padres acostumbran a llamar "malo" hay también un acto de autorealización del niño, pero hay también en ello algo asocial, ya que consiste en atormentar a la hermanita, y por ello ha de ser reprimido. Ya tratemos de prevenirlo a base de llamarle "niño malo", o de cualquier otro modo, el caso es que es algo absolutamente necesario, ya que estas expresiones representan, para mí, el lento proceso de transición que va de la inocencia soñadora (*dreaming innocence*) a la auto-realización, por una parte, y a la auto-alienación, por otra, mezclándose ambos actos de un modo ambiguo". *Pastoral Psychology*, February, 1968, p. 58.

(3) Véase: SHORT, ROBERT, L., *The Gospel According to Peanuts*, New York, Bantam Books, 1968 (2 ed.), pp. 41-48.

(4) *Proyección*, 71 (1970), pp. 193-196.

(5) MERTON, THOMAS, *Zen and the Birds of Appetite*. New York, New Directions, 1968. p. 31. Aunque en este artículo Merton tiende a criticar los excesos de la "nueva conciencia" en lo que tiene de rechazo de los valores de la mística y de incompreensión de la esencia del Budismo y del Zen, no conviene olvidar que la última parte de su producción tiene un matiz marcadamente social y revolucionario que puede sorprender, tal vez no tan agradablemente, a los que sólo conocen al Merton "místico" de *Semillas de Contemplación*. El lector interesado en este último Merton puede leer con fruto su libro *Faith and Violence*, Indiana, University of Notre Dame Press, 1968. 291 pp.

(6) BLOCH, ERNST, *Man on His Own*, New York, Herder and Herder, 1970.

(7) BUBER, MARTIN, *Between Man and Man*, London, Collins, 1963, p. 22.